

In memoriam
RAFAEL OLAECHEA ALBISTUR

Avanzado agosto de este año de 1993 nos llegó a unos y a otros la triste noticia de que había muerto en Loyola, a principios del mismo mes, don Rafael Olaechea. Confieso que tuve que creerlo, porque las esquelas mortuorias, muchas y cariñosas en su mayor parte, me demostraban que la noticia era cierta. Había estado con él en un tribunal de tesis doctoral a finales de junio en Zaragoza. Habíamos hablado de todo lo divino y lo humano, como era habitual, le había encontrado con el mismo espíritu de sus buenos años, aunque con problemas físicos, pero de esos que no matan. No podía esperar semejante noticia.

Y es que Rafa, así le llamábamos los amigos, era un hombre excepcional, de esos que son irrepetibles. Más de una vez hemos dicho: Rafa es Rafa. Y era cierto. El P. Olaechea era ante todo y por encima de todo un profundo investigador de la historia del siglo XVIII y al mismo tiempo lo que en Asturias llamamos «un paisano». Aquí paisano es siempre el hombre de bien, el que dice siempre la verdad, pero el que acepta siempre las verdades de los otros; el que no se oculta para condenar al falsario, al hombre sin fundamento, al tramposo, al mentiroso, al vividor, pero que es capaz de darle un abrazo a la primera muestra de arrepentimiento; el hombre que no es un ingenuo, pero que siempre está dispuesto al diálogo con quien quiera realmente dialogar. Un buen paisano es además un hombre de humor extraordinario, capaz de reírse de sí mismo si llega la ocasión. Ese era el hombre Olaechea.

Hace tantos años que le conozco, le he tratado tan íntimamente, que tengo miedo a que mis palabras puedan sonar a compromiso de la amistad. Y confieso que estoy tratando de hacer el retrato más objetivo posible. Para mí era algo más que un amigo, porque cuando conversábamos muchas veces era como si nos estuviéramos confesando el uno al otro y el otro al uno. Bastaban muy pocas palabras para entendernos. No necesitábamos decir más.

Me parecería ridículo en estos momentos hacer la reseña de sus trabajos. Los conocemos todos, los manejamos todos constantemente. La mayor parte de ellos seguirán siendo bibliografía fundamental durante muchos años, por la sencilla razón de que están apoyados en muy buena documentación, muy bien

entendida y aprovechada. Pero además tienen la virtud, no muy corriente, de que se leen con gusto.

Ya no volverá a escribir. Ya no terminará la historia del Colegio Cerbuna, trabajo de entretenimiento que le ilusionaba últimamente, a juzgar por lo que él me contó en esa última y larga conversación de junio pasado. Pero el legado que nos deja no permitirá que le olvidemos fácilmente.

Rafa murió en su retiro de Loyola, la casa en la que se encerraba siempre que podía. Estoy seguro de que hubiera sido el lugar por él elegido para su último aliento.

¡Descansa en paz! Sabes que el Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII te recordará siempre.

José Miguel CASO GONZALEZ